.SUÁREZ
ECIADOS 48
MADRID

GALICIA, LLORA

LS
A63466

LUIS ANTÓN DEL OLMET

GALICIA, LLORA

262816
4.1.32

MADRID
ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO DE ANTONIO MARZO
San Hermenegildo, 32 dupdo. Teléfono 1.977
1918

¡A LUCHAR!

Justificación.

Al regresar de Galicia, derrotado oficialmente en la contienda electoral, lleno el espíritu de asombro y de espanto, quiero acusar a los verdugos de mi patria y quiero encender en sus cuevas infames la tea humeante y fiera de mi odio intelectual y artístico.

Sé que ellos, tanto el cacicuelo rural como el poncio de la provincia, como la celestina puesta de casaca, como quien vive culminando sobre estos horrores y que de ellos se alimenta, tendrán para mis acusaciones su desdén aparente o su persecución sinuosa. Diran que voy movido por el despecho. Intentarán combatirme con todas las armas. Yo, mientras ellos celebran sus ágapes, cumplo con mi deber. Mi deber es decirle a quien sea, a España, al mundo, a mi conciencia sola, que Galicia vive en

la esclavitud. Y esto, sin esperanza de premio ni de redención, sólo por un prurito individual, romántico. Quiero escupir en el rostro a los opresores. Necesita mi fisiología este descargo. Mi alma no puede menos de vaciar tanta amargura.

Celanova.

Ya en Orense, veo que es imposible luchar por Celanova. He visto a los amigos. Algunos lo esperaban todo del Gobierno. Creyeron que era verdad la renovación. Suponían que no iban a prosperar las injusticias de siempre, las infamias de siempre. Y vieron, atónitos, cómo el ministro de la Gobernación no se dignaba escuchar sus quejas, cómo la organización caciquil estaba incólume...

—Es inútil—dijeron—. Los labradores sufren. Si se rebelan, se les acorrala. Temen... Su miedo es ya imposible de vencer.

Otros estaban entregados a Cambó. Cambó les había predicado el regionalismo. Tenían alguna fe en el apoyo del viajante catalán. Disponía ¡de dos ministros!, y no toleraría iniquidades.

Nada quise argüir en contra. ¡Pobres! ¡Qué soñarán! ¿Cómo decirles que Cambó había asesinado el renacimiento de España? España tuvo en la Asamblea de parlamentarios su izquierda y su derecha republicana, autonomista, racial, con un programa definido y unas aspiraciones generosas. Aquella

Asamblea recogía el latido de toda la patria sana, consciente, amante del progreso y de las libertades liberales. Aquella Asamblea era una bandera, un dogma, un ejército. Aquella Asamblea, nimbada con todos los prestigios, no revolucionaria a lo motinesco, no lírica a lo ineficaz, carnal, real, plasmadora, habría tenido a España a su lado. Y un día la Asamblea recogería el Poder. Se harían las elecciones constituyentes que el país anhela, no éstas de ahora, alcahuetonas y depravadas, en las cuales ha mantenido el Gobierno las más infames organizaciones caciquiles, los más inmundos compadrazgos, las más depravadas corruptelas, sino esas otras elecciones generales, soleadas y oxigenadas, a pleno pulmón ciudadano, realizadas tras de dar la batalla a los caciques, con tiempo hábil para la propaganda legítima, dejando en condiciones de igualdad a los beligerantes de la España en pus y a los de la España en aurora.

¿Cómo decirles a estos hombres que Cambó había matado el brote renacentista, engañado como un chicuelo o como un avaro inculto y banal por dos casacas que luego serían libreas despedidas y plantadas cínicamente en mitad del arroyo?

No. ¡Que soñaran! ¡Que votasen a Porteiro, al candidato regionalista, ex republicano, engañado también, narrador de chístes galaicos, llevando como bandera la parla antañona y un gran miedo a que le recordaran haber sido amigo de Lerroux!...

Trives.

Magullado como estoy por el espectáculo vilísimo de la España actual, pesadilla macabra y viviente que tiene horrorizados mis sentidos desde el 1.° de Junio del 17, renuncié a luchar en serio y con probabilidades de éxito ciudadano.

Engañado por el Sr. García Prieto, quien reiteradamente me había ofrecido justicia, y engañado por el Sr. Bahamonde, perdida toda esperanza de buen acuerdo con los gobernantes, perpetrada la traición de Cambó, ¿dónde ir? Era ya tarde para hacer propaganda, apostolado, rebeldía. Empero, ¿regresaría a Madrid sin haber tremolado una bandera, sin haber sembrado una idea, sin haber puesto en marcha una actuación?

Esto era imposible. Yo no he puesto esperanza ninguna en mis contemporáneos. Lo digo sincera y noblemente. Voy creyendo que cada pueblo tiene el gobierno que merece, y que sus gobernantes son la flor y la espuma de la raza. Hablamos, protestamos, discutimos, emplazamos... Eso es todo. ¿Realizar, organizarnos, combatir? No. Eso es duro; necesita orden, meditación, sacrificio. Queremos, además, ser todos el primero, el caudillo, la idea, el verbo y la mano. Y así, con una esterilidad miserable y grotesca, dejamos a la patria entregada al pillaje, y caemos en el gimoteo o en el pesimismo,

cuando no cometemos la infamia cobarde de ultrajar a la nación.

Tengo poca fe en mis contemporáneos. Estimo poco a mis compatriotas. Me estimo escasísimamente a mí propio.

Aun así, yo no he perdido la fe. Sé que esto no puede continuar. Esto es más infame que la Corte de Calígula. Aquello tuvo una grandeza orquestal, pictórica, sensualista y báquica. Y cayó. Y esto caerá también.

No somos una isla remota. Somos el centro geográfico del mundo. España está llamada a unir varios continentes. Por aquí ha de pasar al Africa la civilización europea. España ha de tener grandes industrias y ha de ser, por lo menos, una colosal estación en el tráfico mundial. Si no somos nosotros, los españoles de buena estirpe, quienes hagamos de esto un sitio confortable en carne y alma, será la influencia extranjera la que nos salvará de los españoles sin raza, esa mezcla de judíos y de moros, avaros, envidiosos y brutales que se ha impuesto a la muchedumbre ibérica por astutos o por feroces.

No hace falta, además, agente estimulante alguno para que muera lo corrompido. Habíamos de ser todos así, caciques, reaccionarios, asesinos y ladrones, sin civilidad, sin derecho, semicivilización monstruosa en mitad de la tierra, y se derrumbaría el edificio por sí solo. Cuando un ser está enfermo, no deja de morir si su dolencia es definitiva, porque

a nadie interese su acabamiento. No. Muere lo corrompido por ley natural. Deja herederos o no los deja. Se le asiste en su agonía o se le abandona. Hay quien llora o hay quien ríe, o se hace un gran silencio a su muerte; pero el organismo enfermo, el organismo gangrenado, acaba.

Y esto acabará. Ya el pus no tiene cobertura ni excusa. La España oficial ostenta sus postemas, sus lacras al desnudo. Ya hemos agotado el pensamiento y el léxico para definir. Nos envuelve una atmósfera que es todo gas infecto.

¡Oh, moriréis, moriréis, moriréis! Os heredará un caos o una democracia. Vuestro legado irá a buenas manos o a garras nefandas. Nosotros queremos para España un albacea inteligente y bondadoso. Pero disponeos a morir. Hedéis a cadáver. Ya se os ven los gusanos por la panza. ¿No os dais asco y pena de vosotros mismos?

Yo tengo fe en que esto se precipita. No rota la Asamblea, sabría la ruta que emprenderíamos los españoles. Rota, si no resurge bajo otro aspecto, ignoro hacia dónde irá nuestro éxodo. Lo que sí conozco es que esto, ESTO, es una mochila de cosas putrefactas que España lleva sobre sus hombros y que tirará al camino para que se acabe de corromper.

No. Yo me he propuesto seguir, seguir siempre. Aun sin fe, lo haría por vocación, por necesidad psicológica, por fatalismo. Me empuja una mano persuasiva y misteriosa. Sentado ante la mesa de

trabajo, no hablo yo. Soy un médium. Dicta alguien a mi oído palabras extracerebrales. Me parezco a mí propio un autómata que es todo corazón, todo odio y todo ilusión de ventura. Cuando escribo me transfiguro hasta una inconsciencia de éxtasis. No soy yo el escritor deleznable, la figura de carne borrosa... Es un fenómeno sobrenatural quien me ilumina.

No. No era posible volver a Madrid estúpidamente, cobardemente. Había que actuar, actuar siempre, vivir para hacer.

¡Trives! Por allí sale un andaluz cunero, cacique, trapalón.. Por allí me presentaría yo. ¡Prensa! ¡También prensa! E irrumpió *La Raza,* una hojita pequeña, agraria, rebelde...

De estas andanzas y de otras os iré dando minucioso relato.

La España bárbara, vista desde el campo, os distraerá un instante de vuestras luchas cortesanas y tendréis un nuevo documento vivo que pruebe hasta qué extremo viven en la esclavitud algunos millones de seres.

LA CAPITAL

«La Raza».

Orense, y toda su comarca feraz, llena de vino y de sol, es liberal, agraria y aliadófila. Portugal, republicano y libre—en Portugal no hay caciques desde que fué suprimido por un exaltado redentorista el obeso D. Carlos—le envía a Orense un largo efluvio de joven democracia. Siempre que un orensano ha delinquido políticamente, lo cual equivale a decir que ha sido macho, brinca hasta Portugal, donde halla generoso asilo. El guardiña no mata, no hiere, no esposa con hierros medioevales. Unas leyes amplias acorren al fugitivo. Orense mira en Portugal al hermano manumitido y más culto. Portugal está mejor cultivado. Sus montes se hallan poblados de árboles mozos, árboles republicanos, sembrados por manos carbonarias. Se da el vino de Oporto. El verde paisaje se halla salpicado de hote-

les blancos y alegres, construídos por gentes que saben del conforte y de la vida...

Orense no ha ideado aún, por fortuna, el propósito de anexionarse en Portugal. Une a Galicia con Lusitania un vínculo más estrecho que la une con Madrid y con su corte: idioma, cantos regionales, agricultura, temperamento... Y luego ¡la gran atracción de mejorar, de vivir un ambiente más intenso, más pleno y sano!

Aun no se ha llegado a esto. Galicia es firmemente española, acaso por saber que la nacionalidad hispana resurgió entre astures y galaicos, y que el habla gallega de hoy es madre del amplio y bello idioma castellano. Pero, aun así, es preciso estudiar con detención el problema. La gran zona del Miño ve en Portugal una redención y un estímulo riente. Que estadistas, sociólogos y literatos miren con fina complejidad este gran problema.

Orense—repito—es liberal y es aliadófilo. Es, además, republicano. Empero, representan a Orense parlamentarios caciquiles, y su prensa es enteramente reaccionaria. Un diario católico, hoy vendido a Cambó, que alterna sus elogios entre Ratibor, el señor obispo y el señor Porteiro, y un diario idóneo, bugallalista, portavoz de toda alcaldada y desmán, heraldo del desafuero y paladín de la caciquería. (No cuento, naturalmente, al periodicucho que fundó con dinero alemán un medio francés.)

Se imponía, pues, fundar el periódico de Orense.

Y yo fundé *La Raza*. Chiquito, pobrísimo, necesitó mis cuatro monedas de cobre y la alianza de los agrarios argentinos, que ya habían enviado bastante dinero con ese objeto, para arrancar. Lo dirige Basilio Alvarez. Lleva el espíritu inquieto, radical, atronador, del abad de Beiro. Antonio Buján, que proclamó la república en Ribadavia durante los sucesos de Agosto, es su gerente. Allí trabajan el cáustico Neira, el turbulento Requejo, el infatigable Somoza, y ordenándolo todo, el inteligentísimo Rodríguez Pavón, que al frente del Comité agrario regional administra *La Raza*. Se vende en torrentera. Ignoro yo si podrá sostenerse Creo que sería una lástima grande permitir que finiquite breve y efímero como un relámpago. Yo no puedo hacer más. Allá los otros. Mas pase lo que pase, no ha de remorderme la conciencia, pues hice cuanto pude por dotar a Orense, al Orense autóctono, de un órgano vital y temperamental.

Orense.

La capital es una ciudad chiquita y alegre, pero que no está influída por el humorismo coruñés. A la Coruña la ha perdido el humorismo. Todo en la Coruña es motivo de ingenio, de zumba. Nada se toma en serio. Ni a Cambó siquiera. ¡Desgraciada la ciudad donde el escepticismo, por bello y vistoso que resulte, hizo presa!

Orense, dentro del espíritu satírico peculiar a toda la región, tiene ideal, tiene garra. Florece allí una organización obrera que es modelo de España, y en Orense pudo ser la silueta de Basilio un perfil con marco adecuado y propicio ambiente. En las playas todo se difumina un poco. En el monte orensano hay más energía, más fuerza, más resonancias de combate.

Creo yo que Orense será la Covadonga del espíritu liberal gallego. Orense y su provincia. El movimiento de izquierdas ha surgido allí, y allí tendrá su apoteosis. Verín, Celanova, Bande, Ribadavia, el mismo Barco de Valdeorras y aun Ginzo de Limia... Allí, unos obreros y unos labradores que se van sintiendo hombres, sacuden ya su esclavitud y van creando organizaciones prepotentes contra la tiranía feudal que los aplasta. Cuando nosotros, los combatientes de acá, aliados en sacra pelea, insistamos con entereza persistente y ganemos un reducto, Orense unirá su nombre a Madrid, a Barcelona, a Valencia, a Zaragoza, a Bilbao, a Oviedo, y será una de las provincias redimidas donde no pueden vivir esos cacicuelos asesinos, ladrones, estafadores, estupradores, antijurídicos, antiadministrativos, anticiviles, manos de sarmiento, buches de serpiente, dientes de lobato, almas de chacal, donde se asienta, como base cimentosa definitiva, única y solemne, esta gran tragedia que se llama el sistema político español.

VERIN

Los obreros.

Había yo irrumpido el 29 para Moral de Calatrava, y había fundado un periódico, y me sentía a medias contento de mí mismo. Algo habíase hecho, ¡pardiez!

Mas llegó el sábado, víspera de la proclamación de candidatos a diputados del país. Y no serían las ocho de la noche cuando se me acercó una Comisión obrera para decirme:

—La Federación de obreros orensanos, en su propio nombre y en representación de las Sociedades agrarias de Verín, ha acordado presentarle a usted como candidato popular por ese distrito. ¿Qué nos dice usted?

—Que sí. Con el alma.

¡Con el alma! Y era cierto.

Yo, que fuí gato mimado de reyes y magnates cuando mi pluma de adolescente era una carcajada

triunfal y un lis español sobre brocados extranjeros, y que ahora, ya en la madurez de la vida, sobre la cumbre del temperamento, en plena responsabilidad mental, he preferido ser acicate y acusación, piqueta y aspiración creadora; yo, que vi acariciada mi vida por el halago; yo, para quien no tiene secretos esa majaderia que se llama el éxito vacío y teatral que tanto gusta a los políticos de la Monarquía, a los cómicos y a las mujeres fáciles, yo no he sentido de veras la emoción del triunfo hasta ese instante, en el cual el pueblo, obreros y labradores, quienes hacen las casas y riegan los campos, forjan el hierro y recogen el trigo, me dijeron:

—Usted será el candidato de nosotros.

¡Sí! Yo no conozco jerarquías. Las he visto demasiado cerca. Sé que las grandes damas van al retrete y que los grandes hombres se cortan las uñas de los pies. No tengo idea del rango. El miedo, la avaricia, la estolidez se guarecen muchas veces tras escudos y tapices, y me parece tan payaso el ministro embustero y trapalón como el volatinero de plazuela. No me intimidan fanfarrias. La vileza y la abyección suelen dormir en las mejores alcobas. No tengo, además, fe en los pudientes. Suelen constituir una granjería sin gracia, sin el menor interés artístico.

Además, todo esto es falso. En España ya no hay aristocracia racial, pues hemos visto crear grandezas entre pescaderos metidos a leguleyos; no hay

aristocracia intelectual, pues el cerco de las medianías ha capado el cerebro de la patria; no hay más que una farsa desteñida y una anarquía moral sin garbo. Sólo quedan los inéditos, los que nada son, los que nada valen, los expoliados, aquellos de los cuales se puede esperar algo, la tierra que está abajo, y que estará arriba muy pronto, cuando el rejo fuerte y redentor raje el agro, desmenuce los terrones y ponga al sol la santa arcilla fecunda.

IDEA DEL CACIQUISMO

Cómo está la provincia

No creo yo que en parte alguna de España pueda advertirse, como en Orense, el problema político de la patria, su brutalidad y absurdidad.

El caciquismo tiene aquí su expresión más definitiva. Se da el caso de que tres, por lo menos, de los parlamentarios orensanos, ¡no pueden ir a sus distritos!, ¡no pueden! El veto popular se opone. Si fueran, serían abucheados, silbados, apedreados, tal vez agredidos. Esto le sucede a Bugallal, en Bande; a Canido, en Celanova; a Espada, en Verín.

Parece, al escribir esto, como si uno fantasease y usara de figuras retóricas para asombrar a los lectores pueriles. Sobre todo a los extranjeros les deben parecer estas cosas aspectos de la pandereta. Y no. Es una realidad tangible.

Canido, por ejemplo, estuvo en Celanova hace

poco más de un año. En Madrid debió insinuarse a sí mismo un día:

—¡Ea! Voy a acercarme por allá para ver a esos infelices. Les diré cuatro palabrejas, verán a su diputado, haré un par de favores, aseguraré el acta.

Llegó. Habíase propuesto una semana de Celanova. Sólo estuvo unas horas nocherniegas. Cobijado en la mansión de un cacique, oyó la cencerrada más estrepitosa que oyeron jamás orejas de politicastro. Hubo pedrea. ¡mueras! y hasta conato de linchamiento. Hubo que reconcentrar a la Guardia civil. En Orense, los tribunos de la plebe necesitan apoyarse en bayonetas y tricornios. Si no se va, acaban con esa vida gris, monótona, opaca, de arañita que ha tejido su tela en los escombros del régimen.

Y así Bugallal y así Espada.

Vosotros diréis. ¿Por qué el pueblo no ama a sus diputados? ¿Por qué los aborrece?

Basta con observar la tierra. Una comarca privilegiadísima, rica en minerales, fecunda, con una frontera en cercanía, con un río inmenso, próxima del mar, que debiera tener la opulencia de una Bélgica ibérica, carece de comunicaciones, de trenes casi, de cuanto es progreso.

¡Y esa tierra saca diputados a varios ex ministros!

Pero esto es lo de menos. El pueblo está resignado con la holganza de sus mandarines. Perdona

que medren, se enriquezcan, improvisen hacienda y jerarquía sobre hombros ajenos. A ellos que les consientan vivir. Roba tú, pero déjame tranquilo. Tal es el programa mínimo del elector.

¡Ah, pero no es sólo el desamparo, la inhibición, la explotación pasiva! Es algo peor: es el saqueo, el crimen, la injuria y la infamia como sistema.

Esto acaso os parezca hipérbole, y tal vez penséis que exagero movido por el odio. ¡Canido y Espada robando a tristes labradores!

El delegado

Llevar personalmente un distrito es ardua empresa. Hay que armonizar, moderar; hay que interesarse, hay que luchar y que trabajar mucho. Y estos personajes necesitan su tiempo. Suelen tener bufetes al xeito y cargos públicos a la trainera. Hay que intrigar en Madrid. ¿Quién hace caso de aquellos pelantrines? Y cátate, pues, necesario, el adelantado entre la morería rural, el jefe de cabila...

Con esto descansa el personaje, y además escúrrese de responsabilidades íntimas.

El delegado, naturalmente, no es un romántico, sino un animal de presa. Su misión es mandar, no consentir rebeldías, no tolerar enemigos del señorón, arrancar la mala hierba, descuajar toda vitalidad en el distrito para dar su acta el día de la

elección a cambio de recibir la influencia oficial que de Madrid llega.

Organización maravillosa

El caciquismo es acaso la organización más perfecta de España. Tiene su gérmen en la aldea. Allí podréis atisbar al caciquillo diminuto, que afinca su casa en el poblado, que desde allí vigila a sus convecinos y que manda en ellos con el arma de los Consumos, del Juzgado, del Rey... Es un labriego rudo, pero astuto, cuya psicología ha deformado el régimen español. No ama a la tierra. La explota. No tiene sentimientos colectivos. Se cree agente de un poder más alto y ostenta con cierto orgullo su condición imperativa. No sabe qué cosa es el Estado, ni la nación, ni la democracia. Cuida, para las elecciones, un rebaño pequeñito. Alguna dádiva, librar de quintas al hijo, la credencial en Orense para el yerno, una tierra dada en buenas condiciones son su premio. Viviendo de la merced, del privilegio, odia todo lo que pueda despertar la conciencia rural. Es enemigo de la escuela; del cura, si el cura tiene espíritu cristiano y no espíritu arzobispal; de la organización agraria, sindicalista y fecunda, liberadora y progresiva.

Este caciquillo aldeado, perro guardián de sus amos poderosos, es un irresponsable. Carece de

consciencia. Es como un mastín puesto a la puerta de un templo del crimen.

Su obra empero no puede ser más aciaga. Impide el avance de la cultura, la dilatación de toda idea agraria. Ahoga al pensamiento en su cuna. Quiere labriegos resignados, brutos, zafios y humildes que den su hijo al cuartel, su peseta al fisco, su voto al cacique, sin preguntar, sin interesarse, como un pechero de la edad remota, alma muerta, dócil como un carnero.

Hay, por encima de estos caciquillos rurales, el cacique municipal. Manda en un Ayuntamiento. Suele ser el alcalde del pueblo. Parientes o deudos suyos son el juez, el recaudador, toda la fuerza del Estado. Dispone de las riendas del gobierno. Si alguien se desmanda, ¡palo! La contribución sólo se hizo para los enemigos. El amigo, que robe. ¿Elecciones sinceras? ¡Vaya una locura! Ya, ya se encargará D. Senén de anularlas en Orense y en Madrid.

Existe luego el cacique máximo del distrito. Vive en la capital de ese distrito. Es un señor de campanillas, abogado muchas veces, usurero siempre, al que regalan jamones los labradores humildes que llegan pidiendo una merced.

Este, sí, ya es un responsable. Sabe que hace daño. Es consciente de su conducta. Si filosofa alguna vez, piensa como Cierva. La vida es breve, y hay que gozarla a todo evento. La influencia,

el poder, el dinero, son sus ideales. ¡Ay del que se opone a sus designios!

Tácito, inexorable, no hay fuerza humana que lo destruya. Es dueño del guardia civil, del carabinero, del juez, del alcalde, del recaudador, del telegrafista, del funcionario postal, a quienes traslada, por influencia de su jefe y amo, cuando le interesa o conviene. Pleitea y arruina. Hace emigrar al adversario. Anonada con tribulaciones y recargos al rebelde, trafica, inmola.

Es un señor feudal sin derechos reconocidos en la ley, pero dueño de la ley y de sus ejecutores. Con tal de entregar su acta al diputado el día memorable, todo lo tiene resuelto.

Existe, generalmente, el gran cacique provincial, dueño de la Diputación, pulpo de grandes vuelos. Y luego, el diputado, el senador, quienes sostienen desde Madrid, amparados por el ministro y el régimen, esa organización maravillosa, de la que se nutre un Estado artificioso y un régimen falso.

Madrid

Diréis: pero esto ¿por qué no se destruye? ¿Cómo no lo aniquila el Gobierno?

¿Destruirse?

Si se suprimiera al cacique de pronto, si se le negara la influencia de que dispone, si sus desafue-

ros no estuviesen amparados por el ministerio, ¿qué sucedería?

Primero, un gran asombro. Luego un rayito de sol, de esperanza. Después, una votación honrada. ¿Y está seguro García Prieto de sacar diputados a su yerno y a todos sus sobrinos si los labradores supieran qué es el voto?

No. García Prieto quiere al cacique como quiere el propietario al celoso administrador de sus fincas. Pedirle sinceridad al Gobierno es como demandarle legalidad y generosidad al usurero.

Colofón

Por eso estoy persuadido de que el caciquismo no evolucionará. No es un mal remediable. Es una garantía de lo existente. Para abolirlo, para acabar con esa monstruosidad, aspecto único en el mundo de una civilización especial y curiosa, sería necesario destruirlo todo antes, acabar con la causa.

Pero, mientras esto llega, eso sí, hay que luchar.

Por eso yo irrumpí en Verín a galope, y puse mis palabras de condenación y de rebeldía en mitad de un pueblo que ya está en la primera etapa de su resurrección: en el odio.

HACIA EL COMBATE

Camino de Verín

Con unos cartelones, unos manifiestos, unas hojitas de propaganda, unos poderes notariales, y sobre cierto automóvil descuajaringado, vamos los obreros, Basilio y yo hacia Verín.

El paisaje es de una belleza forestal magnífica. No ha podido destruirlo Madrid aun. Pero lo destruirá. A los cuatro kilómetros el cachivache hace una parada absoluta. Y entonces, mientras los mecánicos regresan a Orense en la diligencia de Allariz, que surge, los demás nos metemos en un ventorro para yantar pan y chorizo y beber unos tragos de ribero...

Jugamos al tejo en mangas de camisa, bajo la caricia de un febrereño y cálido sol. Pasan dos compañías, que van al tiro. Alguien nos dice confidencial...

—Van a ocurrir cosas... Esto se marcha, afortunadamente...

Siguen los tejos aporreando el áncora hincada en el camino. Sobre el balcón de una casona ha aparecido un viejecillo. El viejecillo nos escruta con atención sostenida y grave:

—¿Qué?—digo—. ¿Es usted republicano?

—Gracias a Dios.

El tendero, en cambio, es liberal.

—Pero si viniese la República—añade—la aceptaría con gusto.

Llega otro automóvil. Nos encaramamos y proseguimos el viaje. Por la carretera va una mujer preñada. Ordenamos parar y la invitamos a subir. Lo hace llena de gratitud. Viene de Orense, donde fué aquella mañana para vender los quesos de su pobre vaca... No tiene dinero para el coche. Tres leguas la separan aún de su hogar.

—Mi marido—dice—está en América. El pobriño nada puede mandarme. El hijo sirve al rey.

Y al decir esto lo exhala con voz supersticiosa y un íntimo ademán de tragedia. Y uno ve el Barranco del Lobo, el Buit o las calles plenas en Agosto de ametralladoras.

Topamos otra diligencia que retorna a la capital. Un cura aldeano que ha reconocido a Basilio viene para ofrecerle rosquillas.

Voy advirtiendo que los curas aman a Basilio. No en balde estuvieron juntos en el Seminario. No

en balde oyeron hablar de ese párroco arisco y turbulento que se echó al campo en nombre de la libertad para dar sus sermones agrarios al pueblo, unos sermones llenos de cristianismo y dinamita...

¡Los abades gallegos!

Son el cura español, sin mojigaterías, amantes del vino y de la tierra, con sus sotanas zurcidas, sus manos que manejan la azada, labriegos que saben latín y visten talar; pero que son ciudadanos y tienen un alma sana y fuerte, sin masonería jesuítica ni ambición de clase.

Algunos, forzados, han tenido que inclinarse ante el cacique. Otros procuran apartarse de la política, e intentan no ver las infamias que son el ambiente. Algunos luchan, sermonean por la razón y la justicia. Entre todos, fué el abad de Beiro la figura airada y trémula que se lanzó fuera de la abadía con una cruz y una hoz en sus manos, llena el alma de amor y de odio...

Allariz

Aun no mediado el camino, llegamos a Allariz. Allariz es una de las villas levíticas gallegas. No son muchas, por suerte: Lugo, Santiago, Túy, Mondoñedo...

¡Qué tristes son!

Se ven los picachos de las iglesias y de los conventos. El campo mismo aparece caído en una

pena marchita e inconsciente... Las casas, viejas, desvencijadas, se guarecen bajo el campanario sollozante. Nadie ríe, nadie goza. Las mozas no bailan. Se ven las sotanas larguiruchas por los caminos. En el atardecer rumorean los pájaros en torno a la veleta alta. Se piensa en el cementerio, se vive para el cementerio. Hasta las flores, que cuida una beata de manos sarmentosas como garfios, parecen exhalar un perfume trágico de fosa común. Si habláis con alguno de estos vecinos, y el vecino es hombre liberal, que no hipócrita bien avenido, os dirá, rechinante, que la más sórdida inmoralidad sexual se oculta bajo el ala sombría del cuervo litúrgico, y que todo es orgía tenebrosa, monstruosa, entre la gusanera cobarde.

¡Oh pueblos leviticos de España, cuán tristes, cuán trágicos sois!

Ginzo de Limia

No queremos detenernos en Allariz. Seguimos de largo. Una inmensa cuesta. Luego la amplia llanura. Después una laguna medio desecada, célebre en la historia, con sus mimbres y tantas sanguijuelas, que si introdujerais la pierna en sus aguas, la sacaríais negra de bicharracos. Por fin, Ginzo, capital de un distrito electoral, pueblo lleno de pobreza y de atraso, y que representa en Cortes desde

hace más de un cuarto de siglo un ex ministro de a Corona.

¡Oh Ginzo, también tú recibirás nuestra propaganda liberal y redentorista! Nos has dado hasta pena, cacho olvidado de la patria...

Seguimos.

En Verín

Los obreros cantan mientras el gran automóvil de línea se estremece sobre los baches y sus cristales chocletean.

Alguien dice:

--Ya estamos en el distrito.

Y yo descubro mi cabeza para saludarlo.

Una infinita melancolía lo baña en esta luz de atardecer. Se ve uná tierra fecunda y brava, desolada por una organización brutal. Casi no hay árboles. Los montes están yermos. De vez en vez, un pueblecito sumido en la miseria, con sus rúas pavimentadas de estiércol, sus casas color ocre, sus labriegos de cara ocre también.

—Estos pueblos—dice Heriberto Pérez Proenza, secretario de la Federación obrera— votan al cacique.

Yo los miro sin odio, con una triste curiosidad Y al verlos tan caídos, tan resignados, vuelvo mis ojos hacia ese Sr. Espada, tan chiquito, tan arrugado, tan ocre, y hallo una firme relación entre el diputado y sus aldeas tributarias.

Pero bien pronto se deshace la impresión de espanto y de tedio. Vemos lejano el castillo de Monterrey. Allí está Verín. Llegamos a un pobladito exiguo. El automóvil se detiene. Suenan una, dos, tres bombas, que nos dan albricias. Oímos:

—¡Viva D. Basilio Alvarez!

—¡Vivan los obreros de Orense!

—¡Viva el candidato popular!

Veinte, treinta hombres suben al automovil. Toman el techo, los estribos, la portezuela. Un cristal es roto, y de la mejilla de Basilio brota una gota de sangre.

Seguimos, raudos, Verín. Paramos frente a la puerta del hotel. Y entonces una muchedumbre entusiasta y ciudadana, labradores, obreros, gente de chaqueta, mozuelos, hembras curiosas y atisbantes, nos rodean, nos estrechan.

—¡Abajo los caciques!

—¡Mueran los caciques!

Basilio ha subido y está en el balcón. Rojo, nimbada la faz por los cabellos rizosos de toro macho, entero, bello y fuerte, la mano hercúlea de herrero en alto, negra la sotana, que es sotana de Belén y no del Vaticano, del agro y no del palacio episcopal, entona su sermón:

—¡Ciudadanos!...

Verín se puebla de ruidos, de voces, de carreras, de holgorio, de fiesta. Se abren los balcones. Cuchichean las viejas. Ladran y rebrincan los canes.

Un gato, espantado, cruza la calle con el rabo en erizo. Unos hombres, nerviosos y trémulos, alzan los crispados puños, y gritan:

—¡Abajo la canalla caciquil!

—¿Qué ocurre?—preguntará el cacicuelo en su guarida.

Y yo respondo con el alma movida de un ritmo sagrado:

—Nada... El maestro ha entrado en Jerusalén.

HORROR ADENTRO

Espada no puede ir a su distrito

—¿Dónde están los espadistas?—nos hemos preguntado al ver el pueblo de Verín recorriendo las calles en incesante y luminosa algarabía, dando muerras a los caciques y vitoreando la libertad y la justicia.

El alcalde de Verín, un alcalde popular, el señor Ogando, alcalde merced al triste conato de renovación de que disfruta España, detesta el caciquismo idóneo. Peláez, millonario y simpático, a pesar de su maurismo, también está contra Espada. D. Jesús Pazos, liberal de estirpe; D. Lino García, director del vibrante semanario local *Nuevo Támega;* el señor Cancio; todo el Verín rico, intelectual, prestigioso...

No hablemos, naturalmente, del pueblo, de obreros y labradores.

Se respira el odio contra D. Luis Espada, un odio

inextinguible. Yo he preguntado la razón de ese odio.

—En primer lugar, el abandono en que D. Luis Espada tiene a Verín... Y luego, ese D. Vicente Sola, su cacique siniestro.

He leído ya en Madrid un viejo manifiesto electoral del Sr. Espada. Tiene veinticinco años de fecha, un cuarto de siglo. En ese manifiesto electoral se queja el Sr. Espada de la falta de comunicaciones advertida en el distrito. «Es una vergüenza—asevera—que no exista aún un ferrocarril hacia Portugal, que este pedazo de Galicia esté incomunicado con la frontera y con Zamora».

Don Luis Espada salió diputado. Una vez. Dos veces. Tres veces. Muchas veces. Ha sido subsecretario y ministro ¡de Fomento! Y Verín sigue tan incomunicado como antes. Y esto—la verdad—lo han estimado los verineses como una grave desconsideración.

Además de este monstruoso abandono, que es una burla antañona y contumacísima, D. Luis Espada ha delegado el distrito en D. Vicente Sola.

Don Vicente Sola es para mí un enigma. No logré echarle la vista encima durante mi permanencia en Verín. Tiene fama de usurero y de inmoral, y el aborrecimiento que le persigue es cerrado, insaciable. Se habla de Sola con espanto y con ira. Me han referido anécdotas tenebrosas que no relato, ¡salmodia trágicamente caciquil!

Empero, el Sr. Espada protege al Sr. Sola. ¿Por qué? Y aquí viene la murmuración y cuchicheo...

—Hubo un tiempo en que los diputados solían percibir...

∴

Yo no le tengo ninguna mala voluntad al señor Espada. Personalmente, hasta me es agradable su trato llano y casinista. No es eso. Es que lo considero un sostén de la politiquilla monárquica, que es caciquil, y por eso estoy en contra suya. Por eso y porque Verín entero lo detesta. El odio que se siente por su cacique le llega como una maldición popular.

He dicho al comenzar esta crónica y en su epígrafe, que D. Luis Espada no puede ir a Verín. Y es cierto. Por consejo de algunos amigos le dirigí a Orense un cívico telegrama, rogándole acudiera a su distrito para ganarme la elección voto a voto y ante el pueblo. Y estando el Sr. Espada a breves kilómetros, ni acudió ni respondió al mensaje.

Y ahora, meditad un momento en lo que significa la ausencia del diputado en su distrito, ausencia que no podrá justificar en manera alguna, pues el respeto a los electores hace del viaje electoral, al menos, una cortesía necesaria.

No. El Sr. Espada carece de opción. Se le odia. No puede ir a su distrito. Y un hombre que no puede ir a su distrito, cree que lo representa.

Sí... Lo representa ante la farándula oficial; es diputado en una Cámara antiespañola, obra del caciquismo; no lo es ante el país.

Yo reto una vez más al Sr. Espada.

Si tiene votos, que los enseñe. No votos en el papel, votos de carne y hueso, almas y no trapacerias.

SE ROMPE EL FUEGO

¡A la lucha!

Los obreros quieren luchar. Los agrarios, también. Estamos en la Casa del Pueblo. Es una mansión pobre y espaciosa, en cuya estancia principal trabajan nuestros amigos los hombres del pueblo con entusiasmo indescriptible.

La organización es encendida y metódica.

Llegan poderes notariales, censos, papeletas de intervención. Se distribuye a los amigos como a peones de una falange ciudadana. Han venido de Orense y de las más remotas aldeas. Están inflamados.

—Si nos vuelven a engañar y a violar, apelaremos a la dinamita—dice uno.

—Yo he de rebanarle el cuello a un cacique—añade otro.

Es la España enfeudalada que resurge.

Nada hay tan interesante en la vida como estas agrupaciones obreras que se lanzan a la contienda social y electoral. Son el germen magnífico de un mundo nuevo, fraterno y renacido, sin tutelas monstruosas, en el que todos los ciudadanos sean libres y capaces y se sientan asistidos del Estado y no víctimas de sus desafueros.

Vamos derechos a esta enorme conquista. Ya no habrá rangos por nacimiento, rango feudal. Habrá una luminosa y riente armonía. Acabe como acabe la guerra, y, sobre todo, si gana Francia, esa Rusia de hoy habrá sido una desventurada precursora de una vida mejor.

Yo amo estas organizaciones obreras. Es lo único pleno de ideal que existe ahora en el mundo. Lo demás son agrupaciones de egoismos, vejez que se defiende. Esto es aurora y romanticismo sano. Van, impelidas por un espíritu de vindicación justa, hacia un término de creación fecunda. Me parecen estos hombres los cristianos de hoy. Todavía viven en las catacumbas. Aun son perseguidos. Ellos, empero, son los que tienen en sus manos la antorcha maravillosa que ha iluminado la evolución humana, y a cuyo resplandor saltó el hombre del árbol y abandonó la cueva, y cuyo rastro, perdido ayer, recuperado hoy, llevará a los seres de la tierra por un camino de progreso y de justicia.

—Ganaremos—dicen.

Y allí, en aquella casa pobre y sombría, catacum-

ba de ciudadanos, he sentido el paso magnífico y excelso de la majestad.

El teatro

En el teatro de Verín, chiquito y modesto, Basilio Alvarez convocó al pueblo y lo saludó con su fiera oratoria. Más que nada, abundaban los oyentes populares. Son también muchas las mujeres que han acudido para oir al señor abad. Algunos sacerdotes, tal cual señorito...

Son las diez de la noche. Rebosa gente el teatro. Basilio no ha estado aún en esta comarca verinesa. Llegó—claro está—el eco de su fama arisca y democrática, y las gentes sienten una inmensa curiosidad por escuchar su voz.

Mientras el abad lanza la catarata de sus anatemas, yo estudio las caras, y las veo impresionadas por el clamor del tribuno. Parecen roturarse aquellos espíritus. La siembra a voleo se adentra almas a fondo. Vese que aquellos hombres y aquellas mujeres van despertando a un sentimiento de derecho, de justicia, de ciudadanía y de libertad que casi no barruntaban.

El abad dejará Verín, regresará a la corte. Pero la polvareda no se aplacará nunca. El torbellino de su paso continuará crepitando y rugiendo. Su voz de león ronco proseguirá sonando en aquellos oídos:

—Sois los más. Sólo el pueblo es eterno y fuerte.

¿Quién es el cacique? Una sombra, un fantasma. El voto... No os dejéis arrancar el sufragio, que en él está simbolizada toda vuestra vida.

Ideas madres, ideas grandes, ideas generosas, caen en balumba rotunda y firme sobre los catecúmenos. Y la grieta se ensancha en el agro y los esclavos empiezan a sentir y a pensar.

En la plaza

Al día siguiente, a las tres de la tarde, hablamos al pueblo desde la plaza de Barbón. Yo no olvidaré nunca esta plaza, la casa hebrea de la izquierda, la casa blasonada de la derecha, con sus porches, el balcón desde el cual descolgamos nuestra voz sobre el auditorio.

De varios pueblos y aldeas llegaron los oyentes. Están apiñados en la plaza y esperan, como fiesta, el momento.

Habla Heriberto Pérez Proenza con su oratoria de comunero. Es el obrero inteligente y organizador, despabilado y lleno de ideal, capaz de los mayores heroísmos. Ha recorrido en propaganda agraria y socialista media provincia de Orense. En Bilbao se fundió su espíritu, acerándolo. Si no tiene dinero, viaja a pie. Veinte, treinta kilómetros... ¡No importa! El disparo que acecha su paso... ¿Qué más da?

Heriberto habla con brío. Amenaza a los caciques. Los injuria.

Luego salgo yo. Y estos hombres buenos me aplauden. ¿Por qué me aplauden? Casi no conocen mi nombre. De fijo son escasos los que leyeron mis obras. No aplauden al hombre. Aplauden esto que estamos haciendo, los carteles de propaganda, los prospectos dados en la calle, los pasquines fijados en las esquinas, el ruido del automóvil, el mitin, el rompimiento de la docilidad y del sueño, la sacudida contra sus opresores.

Después habla el abad durante cerca de dos horas. Basilio Alvarez repite, con otra forma y en diversos centelleos, su doctrina ciudadana.

Basilio es la obsesión, la consecuencia, lo inalterable. Oyéndole, se explica uno la inmensa obra que lleva realizada. El ha sacado a Galicia del sopor. Es el padre de la Galicia despierta. Regionalismo, agrarismo, federalismo, redención, organizaciones, sindicatos, fuerza, pueblo, esperanza.

Basilio no ha tenido suerte. Quienes osan injuriarlo y poner al desnudo sus privaciones de hombre sin hacienda, son una mala canalla. Ha dado sudor, sangre, pan. Su abadía era el refugio de todos los tristes. El caciquismo le quitó su abadía. Ha sido un Cristo rojo y macho tan abnegado como aquel de Nazaret. Le han apuntado Curatos de fusiles. Le han perseguido todas las bocas de y todas las manos de puerco.

Es generoso como el huracán. Económicamente, es una formidable fuerza centrífuga. Lo da todo: el

dinero, el ánima, el pecho fuerte. Ha creado una santa rebeldía que no tardará en dar fruto sazonado. Cuanto hay en Galicia de redimido es suyo.

Desde el balcón, yo, confuso, disculpando mi presencia y afirmándola sólo en la tutela de Basilio, exclamé:

—González Besada me lo dijo un día. Basilio Alvarez, años después de su muerte, tendrá estatuas en Galicia. No las tendrá acaso en las ciudades; pero se alzarán en el campo, bajo algún roble membrudo y a la orilla de algún río íntimo y risueño. Tendrá estatuas con más derecho que los poetas regionales. Los poetas cantaron. Basilio creó. Creó un latido hondo, una energía, un bando ciudadano. Su triunfo ha sido grande. No porque haya triunfado con ese éxito efímero del mundo, sino porque ha puesto frente a la organización feudal una organización democrática, y porque ya los amos, los señores, los tiranos de la tierra no osan en su barbarie a enfrontar por derechas el desafuero. Hay algo en qué chocar: Basilio. Hay algo que combate, se defiende y ruge: el pueblo agrario.

Así habló Besada, el enemigo inteligente.

Y sí... Cuando ese hombre haya muerto, y sólo queden las aristas salientes del gallego tremendo, bajo el sauce romántico de algún río orensano o pontevedrés habrá un tórax, un manteo, una cabeza de Medusa que rodearán las víboras del odio, halo de saña sobre un corazón de santo.

PUEBLO A FONDO

Al distrito

Salimos para Riós, para la Gudiña, aldea adelante.

Vamos en el automóvil. Los obreros de Orense cantan un alalá. Yo también canto una ribeirana que aprendí de soltero en Betanzos o alguna copla irónica escuchada a los ciegos en Padrón mientras lanzaba la gaita su gañido saltarín.

En las Ventas

Cantamos aires de la tierra mientras el automóvil serpea esquivando baches. Son los obreros orensanos. Serantes, patriarcal, alma de la organización societaria, lleva el ritmo de una muiñeira cantarina.

Hemos dejado la vega de Verín, vega de fecundidad y de riqueza mineral enorme. Villazá, Cabreiroá, Verín mismo, con sus balnearios... El Támega

parte la villa en dos, riega los predios verdeantes y huye para adentrarse en Lusitania. No muy lejos se ven las colinas portuguesas, donde florece la vida sin caciques ni poderes históricos...

Luego, carretera de Castilla adelante, todo se empobrece y se esteriliza. Subimos una cuesta abrupta. De un lado y otro, montes sin poblar, secos montes para la caza y el carboneo, tristes montes que hablan de una tierra sin libertades ni escuelas ni pan abundoso...

De vez en vez bulle una patrulla de perdices Cruzan los tricornios de la Guardia civil. Algún labriego, con su vaca por delante, camina y sueña.

A las once de la mañana advierte alguien:

—Vamos a llegar cerca de Riós. Nos detendremos en las Ventas y daremos un mitin.

¡Riós! ¡Oh, si toda Galicia fuese ya Riós!

En Riós hubo un cacique. Y el hijo de este cacique asesinó a dos agrarios en cierta romería. Fué el crimen de un matón que se siente asistido por todas las autoridades y que se supone impune. Hubo, en efecto, personajes interesados en libertar al asesino. Pero el estruendo popular, organizado por obreros y labradores, venció a la influencia. El delincuente ha sido condenado.

Y Riós se ha sentido satisfecho de su ciudadanía. Y esos hombres han empezado a creerse habitantes de una nación y no de un aduar.

Esto, aun así, en uno, en dos pueblos del Ayun-

tamiento. Navallo, sobre todo Navallo, donde yo he tenido toda la votación electoral, menos dos votos, es un organismo que empieza a emanciparse. Empero, ¡cuánta arbitrariedad y escándalo se perpetran aún!

Llegamos a las Ventas, en pleno Riós. Subimos hasta la casa de un amigo rico y hospitalario, y desde allí hablamos al pueblo.

De propaganda

Almorzamos en casa del amigo rico y hospitalario. La solana... Suculentos manjares, recios y enxebres nos regodean. Es Galicia el país donde mejor se yanta del mundo ¡Oh cerdo, y con cuántas complejidades apareces ante la vista del glotón! ¡Oh berzas sabrosas, grelos amargos, caldiños que el ibero ya gustó en la apacible sencillez de su hogar!

El anfitrión nos dice:

—Aquí estuvo almorzando una princesa. Venía de Orense. Se detuvo aquí y comió hasta salmón. Recorría media España. Me aseguró que venía «de propaganda».

—¿De propaganda? Era más fácil y mejor una propaganda de justicia que una propaganda de convites. Que se deje su libertad a los labradores, y ellos no detestarán a nadie. Que se destruya la red caciquil. Que Madrid y su corte no sean la garantía del inicuo.

La Casita del Pueblo

A la salida, más de mil agrarios nos aguardan. Se ha corrido la voz y han ido llegando de aldeas y de aldeas..., Y ellos han querido mostrarnos su casa. ¡La Casa del Pueblo!

Está situada en mitad del campo. No tiene otra cosa que sus cuatro muros de piedra dura y su techumbre de madera.

—La hemos ido haciendo entre todos—dice un hombre de rojo chaleco y de patillas gallegas, tipo neto de tamborilero . Cada uno puso lo que pudo. Y aquí está.

Hemos penetrado en esa iglesia rústica de la ciudadanía. Y al sentir su ambiente, pobre y sacro, hemos querido encontrar un signo litúrgico, una especie de bendición, algo que represente en forma corporal la inmensa emoción que estas cosas tienen.

A la salida se me han ido acercando los hijos del agro.

—¿Es usted el diputado nuevo?

—¿De veras que tendremos otro diputado?

—¿Y se abrirá la escuela?

—¿Y no se recargarán las contribuciones?

—¿Y habrá justicia?

—¿Y se acabarán los caciques?

Yo aprieto estas manos inmensas, callosas. Hay dedos que parecen nabos, nabos duros, hasta con

raíz. Las bocas sonríen a la esperanza, y laspalabras vuelven a vibrar:

—¿Será cierto? ¡Los Consumos! ¿De veras que ya no nos los subirán por capricho o por venganza?

Y yo me quedo un instante pensando en vosotros, caciques de la tierra y caciques de la corte, y os digo, sobre todo a estos últimos, a los más cultos

—Oye, fiera; oye, lobo. ¿No adoras esas manazas duras? Esas manazas duras lo son todo en la vida. Ellas aran en Octubre, siembran en Diciembre, siegan en Julio, cosechan en Agosto, y en Septiembre te ofrecen el pan caliente por unas monedas que tú logras sin trabajar, por sutiles maneras de leguleyo o de usurero. Esas manazas son las del labrador, que te da yantares; y son las del obrero, que te da utensilios; y son las del soldado, que guarda al Estado y que vigila los Bancos donde tú guardas el tesoro que acumulas. ¿No amas esas manazas? ¿Cómo eres tan bárbaro que pones esposas dehierro en esas manazas? No, no las ates, no las injuries. ¡Amalas! Y si eres incapaz de amarlas, témelas, que esas manazas, las manazas de los más y los más fuertes, pueden estrangularte sólo con la opresión del índice y del pulgar, enfurecidos.

Llorando

Tenemos que seguir para La Gudiña y La Mezquita, ya cerca de Sanabria, tierras de Zamora.

Volvemos al automóvil. Mil agrarios nos circundan. Están trémulos de ideal y de entusiasmo. Suben, una tras otra, tres bombas de dinamita a los aires. Ululan las voces:

—¡Abajo los caciques!

—¡Muera la injusticia!

Un viejecito de ochenta años, vivaracho y heroico, jura morir antes de consentir el pucherazo, el soborno, la coacción. Otros blanden sus puños. Las mujeres también acuden. Ellas, que son todo corazón, están con nosotros, con la libertad. Hablamos con todos, damos la mano a todos; nos prometemos cariño de hermanos, comunidad de ideales. Arde la atmósfera en santa comunión de patria y de tierra.

—¡Ganaremos! ¡Ganaremos!—dicen.

Y cuando arranca el automóvil, y la gran muchedumbre es un hormiguero distante, y ya no se oye, y sólo se ven gorras, sombreros y pañuelos en alto, no lloro; y no lloro, no porque mi emoción sea escasa, sino porque yo sólo, muerta mi madre, lloro ante el triunfo. Y ese clamor no es de triunfo. Es la esperanza tímida de los galeotes modernos. Y la desgracia, el infortunio, secan mis lagrimales; una sensación hueca sube a mi vientre, siento lívidas las mejillas, se crispan mis puños; y esos son los momentos en los que yo, cultivado por todos los climas y por todos los libros, un poco neurasténico y un mucho fatigado por el tabaco, la ciudad, la

biblioteca y la filosofía, soy un sér primitivo y salvaje y alientan en mí todas las violencias de que es capaz una naturaleza rotunda ante el vil espectáculo del crimen.

Son estos mis minutos de revolucionario, de petrolero y de anarquista, en los cuales me parece el Soviet un cuento de niños. Y no es que yo sea así. Hay en mí la tenue molicie del intelectual y la fatiga del luchador ciudadano. Quiero una evolución rítmica y deseo que todo se acompase. Pero a veces, ante un niño que llora en la noche, una chicuela que se ofrece, unos muebles de guardilla plantados en la acera, un labrador a quien le parece casi imposible que exista la justicia alguna vez, os digo que todos los furores que caben en mil corazones de fieras, tiemblan en el mío.

En la caverna de los monstruos

En pleno caciquismo

Ya en La Gudiña, nos dicen que el alcalde espadista no da permiso para que celebremos nuestro mitin. El monterilla funda su resolución en que esos permisos han de solicitarse con veinticuatro horas de anticipación a la fecha del comicio. Imaginaos... Tenemos cuatro días para recorrer leguas y leguas...

No insistimos, y seguimos sin hablar. El monterilla se habrá frotado las manos. Impidió un derrame de ideas, una siembra de revelaciones. Contribuyó al estancamiento de las aguas. Puso barrera a la expresión. ¡Oh, es un alcalde de real nombramiento!

La Gudiña es triste, desolada. Se advierte en ella la huella de un caciquismo antiguo y raigoso. No queda árbol ni simiente. Unos labriegos tristes que pagan sus tributos míseros de los que viven las

garduñas. Que no se hable, que no se discuta, que no se luche ¡Silencio!

¡Silencio, alcalde! Tú quieres que haya orden. Para ti el orden es esto: incultura, miseria, injusticia. ¡Que haya silencio!

Pues ten silencio, ¡bárbaro! Nos vamos sin verte los ojos de raposa ni conocer siquiera tu nombre rapaz, ave agorera y estólida. Sí, estólida. Porque estos caciques, además de ser unos canallas, son unos imbéciles. No comprendo cómo no ven el negocio de que haya libertad y agrarismo. Los campos tendrían pan y los montes se cubrirían de riqueza. Vendrían hombres intrépidos a poner fábricas. Esta Gudiña desolada y misérrima se iría revistiendo de holgura. Y tú, lobato, no tendrías que hocicar entre la basura para solfadar tus piltrafas. Serías mastín de buena hacienda y te darían un gran plato de humeante bazofia... No te sería preciso hurtar en los hogares quejumbrosos los pingajos mugrientos. Se asegurarían contra ti los ricos para evitarte mejor. No soportarías el espectáculo de la miseria. Estévez Carreras, Canido, Espada, yo no sé cómo no dejáis libres a los distritos. Hacedlo siquiera como negocio. Sois la filoxera. Consentid que crezcan las viñas y os emborracharéis sin matar el ceporro. Meditad un momento. Estáis siendo la petita en la gallina. Os iría mejor de granjeros. ¡Uf, caterva estúpida!

Otro alcalde

Os presento a don José Cedrón.

Don José Cedrón es el alcalde de La Mezquita, distrito de Verín, provincia de Orense, Estado de España.

Cuando llegamos a La Mezquita nos espera un grupo de chicuelos con pitos, cencerros y estacas. Apedrean el automóvil. Han incendiado unas retamas para hacernos huir como a lobos. Entre ellos, y capitaneándolos, está el alcalde don José Cedrón.

Es rechoncho, colorado. Lleva una gorrita japonesa, esas gorritas que estuvieron de moda en La Coruña y en Vigo y que usaban los socios de casinos acuáticos en seco.

¡Buen tipo de la fauna caciquil este Cedrón!

El otro, prohibe hablar. Este, más bravo, lo impide en chulazo, con pitos, cencerros y estacas. ¡Buenos alcaldes posee un ex ministro de la Corona!

Nuestros agrarios han tenido un momento de ira, y se han echado del automóvil pistola en mano. Pero han visto que todo aquello son chicuelos pagados a real, con un trago de vino y un confite, y han adoptado una actitud irónica.

A pie, seguidos por los músicos, entramos en el pueblo y nos dirigimos a casa del boticario, amigo nuestro. Basilio escala el balcón e intenta hablar. Pero los cencerros no paran. Un epiléptico danza

una zarabanda monstruosa entre el estrépito de la rechifla. Se oye, ronco, decir a Basilio:

—Los seres racionales no agitan el cencerro. ¿Sois borregos o cabras?

Y luego:

—¡Alzaos, esclavos! No mováis el testuz. ¡Oid!

Y después:

—Ese alcalde que preside el desorden es un anarquista que merece la cárcel.

Y al cabo:

—Matadme si queréis, pero escuchad. ¿Mi vida? Venga un tiro. Mas dejad que os diga la verdad de mi corazón.

Basilio ha ido apoderándose del auditorio. Poco a poco vanse acallando los ruidos. Y dice cuanto se le ocurre.

El armisticio adviene después. Y el propio Cedrón sube para exculparse. Tenemos que perdonar. ¡Esos chicos! ¡Creían que íbamos a insultarlos! ¡Oh, zorro!

Y al saber de nuestros labios que venimos a ejercer una función ciudadana y legítima y no a ofender a nadie con garrulerías improcedentes, se asoma Cedrón a la ventana, y como un director de orquesta, dice seguro de que no se nos hará caso.

—Ya os podéis retirar.

Ese, españoles, es el alcalde que un ex ministro de la Corona tiene en La Mezquita, distrito de Verín, provincia de Orense, Estado de España.

Un cacique

Yantamos pulpo en una taberna, y nos disponemos para regresar a Verín. Hacemos de noche el viaje bajo una luna estupenda.

—No hay gasolina —dice el mecánico—. Desde La Gudiña hemos venido con petróleo.

Heriberto Pérez ya tenía prevista esa contingencia. Un traficante del pueblo, de cuyo nombre no quiero acordarme, nos vendería esencia. Pero no hubo manera. Ese bicho, cacique de profesión, nos tendría allí empantanados. ¡Menudo servicio para don Luis Espada! ¡Qué risa!

Y nos negó la esencia.

Entonces un agrario picó espuelas y fuése a la raya portuguesa. No trajo, empero, sino dos litros, que mezclamos con petróleo. Quedó una botellita de gasolina pura y neta «para purgar el coche», según frase del mecánico.

Eran ya las doce de la noche. Un frío siberiano corría, sutil, por los pelados montes. El automóvil, como estaba cuesta arriba, no arrancó. A cada instante lo «purgaba» el automedonte. Pero la purga no llegaba ni a laxante. Cuatro resoplidos, dos estremecimientos, seis metros de avance, y ¡quieto!

Entonces nos decidimos a empujar el coche.

Sólo Basilio y un agrario, herido de piedra cedronística, quedaron dentro. Los demás nos echamos a la carretera cual galeotes, y nos pusimos a tirar como bestias. Aquel diantre de armatoste, coche de línea capaz para cuarenta personas, era de plomo.

Lo arrastramos hasta un pobladito cercano. Allí empezaron de nuevo las purgas. La gasolina, revuelta con el petróleo, frío el motor, eran habas para gurripatos. Vinieron cuatro bueyes. Nada. El frío desciende en grados tanto como nosotros en esperanzas. Y yo, con un portugués que se nos había pegado al pulpo, tuve una idea genial: ¡Buscar albergue!

Nos adelantamos, y subimos hasta la carretera de Castilla. Malo sería no encontrar un jergón. Eran ya las dos de la madrugada y soplaba un viento de tumba. Fuimos aporreando, una a una, todas las puertas. Las voces nos respondían ásperas e inhospitalarias:

—No es aquí.

—¡Buenas horas de llamar!

Al cabo topamos con la mansión de un hidalgo. Deploro ignorar su nombre, pues le haría un cumplido y merecido homenaje. Nos dijo:

—Dos camas, si habrá.

Y entré.

Y me acosté. Cuando iba conciliando el sueño llegó Basilio, crespo, iracundo, caído el labio,

como una furia. Dijo no sé cuantas cosas, y se acostó y se puso a roncar.

Yo escuché sus ronquidos hasta las siete de la mañana.

¿Qué, caciques? ¿Qué, ex ministros? Les supongo a ustedes satisfechos.

SIGUE LA PICARESCA

Arte de tener gasolina

Advierto en Fernandito López Monis cierto enojo. Y es que le hemos pillado algunos litros de gasolina durante sus andanzas electorales. Claro está que se los pagamos bien a su automedonte; pero el caso fué que se los pillamos.

A las diez de la mañana aun dormíamos Basilio y yo en la casona del hidalgo montañés. De pronto, un ruido milagroso. Ronflidos de automóvil. Basilio se metió la sotana como un oso puede meterse un saco, y salio de estampía. Yo dije:

—O le dan gasolina o sangre. Que elijan.

Me vestí y salí a la carretera. Basilio, respirando satisfacción y buen humor, regresaba para darme la grata nueva:

—¡Cuatro litros! ¡Cuatro litros!

Y narró:

—El automóvil es de López Monis, que lucha en Sanabria. Iban a Viana para requerir a un notario. Les pedí gasolina. Ellos dudaron. Yo les dije entonces que el boticario de Viana nadaba en esencia, que le diesen mi nombre—que es lo mismo que si le dieran el nombre del gran turco—y que les proporcionaría varios bidones. Vacilaron. Yo estaba dispuesto a matarme con ellos. O gasolina o tiros. Al fin, ¡incautos!, me arrearon gasolina. Vi caer el chorro bendito en nuestro depósito con placer de chacal.

El abad me cuenta luego cómo estuvo a pique de estrangular a un indiscreto:

—¡Figúrate! Estaban ya vaciándose, cuando aparece Quintelas y me dice de sopetón que en Viana no hay gasolina. Lo miré con ojos de tigre. Después lo agarré de una solapa y casi lo ahogo. Menos mal que los turistas no entendieron bien. Cinco duros le di al mecánico.

¡Había gasolina! La esperanza de regresar a Verín nos oreó de nuevo. Ochenta kilómetros que no pensé nunca recorrer. Yo estaba ya dispuesto a plantarme en el agro y echar raíces como una mata de alcachofas.

Las purgas

Subimos de nuevo al enorme camión. Pero nuestro mecánico había vuelto a introducir el remo.

Había mezclado la gasolina del bello Monis con el petrolazo del cacique. Y, claro, nada bueno podía salir de aquella mixtura.

Continuaron las famosas purgas. Otros ronflidos, otras convulsiones, seis metros de avance y la calma chicha.

Entonces, inquieto, dije en alta voz:

—Yo me voy a pie hasta Verín. ¿Quién me sigue?

Dos obreros se me agregaron.

¡Y, hala, hala, hala, a buen paso y con mejor apetito, nos dimos un baño de sol que para sí quisiera el más sibarítico lagarto!

Surge un coche

A dos kilómetros de La Gudiña surgió un cochezuelo tirado por una borrica despelada y con muermo, que tomamos al asalto. Era propiedad de un caciquillo, y no reparamos en golpes ni en quejumbres.

Ya en La Gudiña, nos lanzamos sobre un mesón y nos supieron a gloria unos huevos fritos con sebo de orangután y un cacho de cacique viejo a la vinagreta. Para acabar, una manzana pocha y medio vaso de recuelo. Pero, en fin, era barato: sólo cinco duros.

Indagamos después la manera de continuar hasta Verín. Y debo anotar tres noticias excelentes. Había

una diligencia hasta la capital del distrito, y que saldría de un momento a otro. Existía, ¡al cabo!, gasolina en Viana ¡a ocho pesetas litro! De modo que el automóvil de López Monis—cese tu enojo—no había varado y el nuestro también podría continuar.

Confortados, subimos a la diligencia y partimos.

Hacia Verín

Dentro, dormimos ratos y ratejos. Después me encaramo al pescante. Allá, a la derecha, la nevada sierra de San Mamed.

—¿No conoce usted el invernadero?—me dice el auriga.

—No.

Y lo descubre. Es una tierra paradisíaca, no habitada aún por el hombre. Existen lagunas que dan carpas y truchas, y árboles de frutas vírgenes, y venados en tal abundancia que parecen rebaños dóciles.

—Planta usted allí una tienda de campaña, y come lo mejor del mundo sin que nadie le importune.

¡Oh España, qué bella eres aún! Claro que en los sitios donde el cacique no tiene súbditos.

Hacemos paradas y libaciones frecuentes. En un ventorro me presentan al carboneador de la co-

marca. Fué guardia civil, y tiene tal puntería que mata los peces a tiros.

—Yo—dice enseñándome su rifle—tengo esto dispuesto. El día de la gorda, saldré.

En Las Ventas hablo de nuevo con mis agrarios. Estoy en el Café de las Damas. Es de tres hermanitas afables y rientes que dejan en el fondo del espíritu esa sensación inconfundible y suprema de lo femenino.

Arrancamos otra vez. Y cuando ya casi columbramos a Verín, nos adelanta el camión. Subimos y proseguimos el viaje, ya sin purgas.

Cantamos de nuevo alalás y ribeiranas. Yo invento letrillas para coplas. Reímos y chanceamos. Y a las ocho de la noche en Verín, ¡en Verín, que ya nos parece patria!

Yo digo:

—Me he divertido mucho.

Y Heriberto replica:

—Sí... Pero hemos perdido un día.

—¿Un día? Buen provecho les haga a los caciques. Puede que la literatura picaresca haya encontrado entre estos cazurros selváticos del caciquismo gallego un aspecto jocoso y terrible.

HABLANDO

Tres mitines

Al regresar de nuestra andanza, hemos hablado desde la plaza de Barbón. Cunde el entusiasmo redencionista. Verín es un volcán. A cada instante, la cantinela de los timoratos:

—¡Si hubiesen ustedes venido unos días antes!

Al día siguiente, sábado y víspera de la elección, damos tres mítines. Uno en la feria, otro en Tamaguelos, otro en Alvarellos. Jornada grande.

La feria

Vamos en un cochezuelo de traza melancólica. Sólo dista la feria unos cuatro kilómetros. Allí, en redor de la iglesia, están reunidos los feriantes. Han traído sus vacas, sus bueyes, sus terneros, y harán transacciones largas, penosas, avarientas.

Las ferias gallegas han ido perdiendo carácter.

Ya no llegan lazarinos horrendos, ni siniestros mendigos, ni explicadores de sucesos macabros, ni condumiadores y aderezadores de pulpo seco. Ya no van los labriegos con sus trajes antiguos. Lo pintoresco se esfuma en España.

Queda, eso sí, la gracia para regatear. No hay idea de lo importante y lo complejo que resulta una de estas transacciones entre feriantes gallegos.

—Doy tanto.

—Algo más será.

Los dos contratantes se rascan la oreja y hablan de varias cosas. Beben, se dan un paseito y tornan a la carga. Dos perros gordos más o menos cuestan a veces seis horas de ingeniosa disputa. Por algo los gitanos no acampan en el agro galaico. ¡Se les engaña!

Pero ya estamos en la feria. Desenganchados los caballejos, vamos subiendo uno a uno al pescante y vamos dirigiendo la palabra al pueblo. Han acudido los iniciados, los catecúmenos. Otros llegan hasta la cercanía. Algunos, hoscos o tímidos, se quedan distantes.

Al final ya todos somos unos. Sólo un cacique contumaz nos hace burla. Heriberto, entonces, "le sacude cuatro tortas„, según su frase. Nada... Sigue el mitin. Y allí, en mitad de la tierra, queda clavado el pensamiento de redención.

Los Consumos

El arma terrible y eficaz que los caciques blanden sobre su gleba son los Consumos. El amigo no paga o paga escaso. El enemigo lo paga todo.

Ha sido inútil que hagan los ecuánimes funcionarios de la Hacienda pública el repartimiento ordinario de Consumos. Viene el extraordinario, y en él se dan regodeo y se proporcionan venganza los caciques. Para el amigo, favor; para el enemigo, injusticia.

Y yo os quiero llamar la atención acerca de esta infamia.

¿Se concibe delito semejante a este? Las contribuciones, para que sean respetables y aun inspiren alegria a quien las paga, alegría ciudadana y colectiva, precisa que sean equitativas y que vayan destinadas a buen empleo en el servicio público. Ellas son, en definitiva, las arras de nuestra boda con la patria, el símbolo material de nuestras relaciones con el Municipio y el Estado.

Mal está que exista el nefando tributo de Consumos. Estos impuestos, que no gravan la renta del ocioso ni desvinculan los enormes predios incultos, que sólo favorecen a la canallería vagabunda, son malos tributos. Debería irse, como asevera Julio Senador, el preclaro notario de Frómista, Joaquín Costa de Castilla, al tributo único sobre la renta. A

más renta, más contribución. Con ello los rentistas, infligidos por el fisco, tendrían que hacer una de dos cosas: o trabajar para mejorar sus ingresos, o vender la tierra en buenas condiciones a los trabadores. Sería la tierra de quien ama sudarla y fecundarla. No habría esclavos. España se pondría en diez años a la cabeza de la Humanidad y figuraría entre los pueblos de las avanzadas civilizadas, progresivas, ricas y fuertes.

¡Abajo los grandes terratenientes ociosos! ¡Mueran la caza y el baldío! ¡Duro contra los acaparadores del agro! ¡Que se rediman los foros! ¡Viva la tierra libre!

Pero de esto, que es magno y esencial, ya hablaremos. Hoy quiero referirme únicamente a la injusticia distributiva, monstruosa barbaridad, contra la cual es justa la dinamita y es necesario el veneno.

Y no cabe recurso. Hecho el repartimiento por los caciques villanos, van las quejas a los caciques provinciales. Y ellos, que son amigos de Espada o Bugallal, de Cobián o de Senén, dan por buena la obra infame de abajo.

Yo he oído a los esclavos sus quejas:

—No podemos vivir. O nos resignamos a soportar los caciques, o nos suben la cuota.

¡Y para uno de estos pobrecitos, que viven en zahurdas, que no prueban la carne, que inflan sus buches de caldo insubstancial, es tanto dinero una peseta!

José Paz del Río

José Paz del Río, agrario de Laza, se me acerca para quejarse (uno de millón) contra estas brutalidades.

José Paz del Río paga por contribución territorial una peseta noventa y cinco céntimos al año. Es decir, se trata de un pelantrín casi misérrimo. ¡1,95 al año! ¿Qué valdrán sus tierras? Pues bien; ese hombre, ¿qué debe pagar por Consumos? En buena lógica, ni la mitad siquiera de lo que paga por territorial. Y aun sería mucho... No. No. ¿Paga tanto? Más. ¿Paga el doble? Más. ¿Paga el triple? Más. Paga cerca del cuádruplo.

Y esto ha prosperado en Orense, y esto no es un caso. Es un millón de casos. Y cuando esto se hace con un pueblo, es lo mismo que ponerle en el corazón el odio a todo, incluso a la patria. De manera que estos caciques de allá, sostenidos por estos caciques de aquí, por estos personajes y ex ministros, cometen el delito de lesa patria más rotundo.

¡Cuándo, Señor, veremos con grilletes y cadenas a los ex ministros de la Corona!

ASOCIACION MATRITENSE DE CARIDAD

Número [illegible]

ASOCIACION MATRITENSE DE CARIDAD

Vergara, núm. 6, primero.

He recibido de [illegible]

domiciliado [illegible] la cantidad de

[illegible] céntimos,

[illegible]

[illegible] Madrid [illegible] de [illegible] de 191[illegible]

Para [illegible]

El Interventor,

El Tesorero,

Tamaguelos

El automóvil nos lleva a Tamaguelos, cerca de Portugal. Hablamos desde un balcón, sobre la carretera. Varios ciudadanos portugueses allí establecidos nos entienden, nos comprenden y aplauden. Como en todas partes, el pueblo grita y gesticula, y la polvareda crece, crece, crece...

Alvarellos

Hemos ido recomendados al médico de Alvarellos.

—Tiene influencia y les ayudará.

No quiero dar su nombre. Quiero decir únicamente que es un zorro. Vino a saludarnos algo esquivo. Después nos refirió de cómo los amigos de Espada, incluso un pariente del personaje, habían do a verle para suplicarle el voto.

—Son mala gente—dice—; pero les he prometido inhibirme al menos. Ni a Espada ni a Olmet votaré.

Yo leo en aquellos ojuelos de cinc una apetencia insaciable de mando. No era espadista, porque Espada le rehuía. Pero, a un solo mimo, se estira como gato acariciado, buscando la raspa de sardina o el cacho de pulmón o de hígado.

No, no hagáis caso de esos caciques frustrados.

Son lo peor de las alimañas. Carecen de ideal y de bondad, y como tienen hambre de lagarto, si un día pillan el poder devoran con la voracidad del reptil escuálido que necesita reponer grasa.

Al día siguiente, el médico de Alvarellos, no sólo se inhibía, sino que obligaba a sus deudores (cultiva el médico con deleite la usura) a votar al cacique.

Víspera

Regresamos a Verín. En la Casa del Pueblo se lucha, se trabaja. Cunde un inmenso entusiasmo. Heriberto ha sido detenido por el teniente de la Guardia civil a causa del jaleo ocurrido en la feria; pero el juez, un juez inteligente y joven, le pone a poco en libertad, pues ni está probado que *las tortas* fueran de Heriberto, ni que *las tortas* produjeran lesión alguna.

Me acuesto súbito y rendido. Sueño. ¿Seré diputado agrario por Verín? Me veo ya en el Congreso. Tomaré asiento en los bancos de la izquierda, sin jefe, pero en íntima solidaridad espiritual con los protestantes, con los no contentos o resignados. Y desde allí, ya maduro y reflexivo, haré una tenaz campaña, no aniquiladora, sino creadora, llevando al Parlamento el enorme latido de los esclavos gallegos, estos esclavos que acabarán por imponerse con el sufragio o con la fuerza.

EL DIA GRANDE

Buen despertar

Ha sido el domingo de las elecciones un día triunfal.

He despertado tarde y he salido a la rúa. Me dicen:

—Lleva usted la elección ganada.

—¿Sí?

Y por un momento he tenido la impresión de la victoria. ¡Diputado por Verín! ¡Diputado agrario!

—En el casco de la villa, en Tamaguelos, en Caldeliñas, gran superioridad de votos sobre Espada.

Y yo mismo he ido a comprobarlo.

En efecto. El colegio de la capital, ¡el de la capital!, donde viven los cacique máximos, acusa grande entusiasmo por la candidatura agraria. En Caldeliñas, a cuatro kilómetros de Verín, el espectáculo no puede ser más hermoso. Aldeas enteras, con sus párrocos al frente, han venido a elegir por di-

putado a un escritor enemigo del Poder y de la tiranía, que ha tenido el buen gusto de tirar eso que aquí se llama «una carrera política», sólo por desdén, por inadaptación al ambiente, por ajenidad al corro y a su mercado.

Los agrarios que circundan el colegio me vitorean con frenesí. Están coloreados, sonrientes y creen ya en el éxito seguro.

Después vamos a Tamaguelos, y allí la misma sensación. Son las doce y la mesa electoral yanta. Un gran cabrito asado. Perfume de viandas coruscadas y apetitosas. El señor Peláez, que se nos ha unido, y que nos ayuda noblemente, está satisfecho. Pregunta y le responden:

—Aquí gana Antón del Olmet.

—Peláez me da con el codo y dice:

—Si triunfa usted en la capital, ¡qué señalado triunfo!

Regresamos. En la carretera todos nos saludan. Algunas mujeres han puesto su refajo sobre pértigas y los blanden a guisa de banderolas. Ya Verín a la vista, se nos acercan unos amigos:

—En Laza—dicen—el alcalde hace horrores.

Y por primera vez en este día memorable y triunfal vimos a los caciques y sabemos de sus brutalidades.

En el huerto

Almuerzo solo, en el huerto de la hospedería, bajo un rayo de sol febrereño. entre los árboles, que ya empiezan a florecer. Las hijas del hotelero, dos bellas niñas de diez y ocho y de quince años, graciosas y apretaditas de músculos, como dos capullos firmes de humana flor carnal, se retratan vestidas de odalisca y de antigua dama. Los pájaros vienen hasta mi mesa por las miguitas que les echo. Un eucalipto, alto y formidable, viejo, tan viejo que los ancianos de Verín siempre lo conocieron igual, parece horadar la bóveda azul con sus puntas gallardas. La criada, regordeta y blanca, trae la suculencia de un gran plato nutritivo.

Pero todo esto, que es tan grato y tan amigable, queda roto de improviso. Un labriego de Alvarellos se llega y me dice:

– ¿Sabe, señor, que en Alvarellos dieron pucherazo?

Y me parece un sacrilegio brutal, en este día tan magno y tan bonito, que haya nadie capaz de entregarse a obra tan grosera como el pucherazo, habiendo un huerto, un rayo de sol. un eucalipto y unas niñas de diez y ocho y quince años que ríen y corren entre los arrayanes.

Caldeliñas

A las cuatro de la tarde he vuelto a Caldeliñas para presenciar el escrutinio.

Está instalado el colegio electoral en una panera. Se sube una escalera pina, de piedra, y se llega al granero. Tiene el granero una ventana sobre el campo, en flor, y una segunda puerta que domina el patín. En el patín rumia una vaca. Su olor a animalidad sana, a ubre pletórica, me llega como un incienso de la tierra virgen.

A las cuatro en punto damos comienzo a la tarea de escrutar los votos. La caciquería ya sabe de mi triunfo, y como está segura de aplastarme en los Ayuntamientos distantes, no tiene interés en reventar la urna o en robarme cien papeletas. Es más..., este asomo de legalidad le conviene.

Ha comenzado la faena maravillosa, el solemne acto ciudadano. La urna es matriz de legislación. El pueblo ha engendrado en ella a un tribuno.

Y va el presidente, un viejecito ochentón, de antiparras, sacando los boletos. Unos dicen: "Excelentísimo e ilustrísimo señor D. Luis Espada y Guntín", y otros "Luis Antón del Olmet López", y como tan largos nombres son arduos de leer, yo propongo que se diga solamente Espada o Antón. Y el presidente va diciendo.

Antón, Antón, Antón, Antón, Antón, Antón, Esca, Antón, Antón, Antón, Antón.

Os juro por el arte inmortal y magnífico, y por todo cuanto hay de bello en la tierra, que yo he pasado muy pocos instantes parecidos a éste.

¡Basta! ¡Basta! ¡Basta, viejecito! No leas más, no pronuncies otra vez mi nombre. Ya tengo bastante. ¿Qué más quiero? Esto es lo que yo deseaba .. Amor del pueblo, votos del pueblo. ¿Salir? ¿A qué? Ya fuí diputado y eso no es amable si va con la careta de lo caciquil. Saber que los labradores nos quieren, que tenemos su confianza, constarnos que ellos, ¡ellos!, los españoles de España, España misma, han puesto sus papeletas en la urna, ¡y para nosotros!

¡Bah, señor Espada! Usted no conoce eso. Usted conoce la exterioridad de ser diputado, el disfraz, lo pueril y gárrulo. Usted se sienta en el Congreso, y viaja gratis, y usa papel con membrete. Pero usted sabe que se le odia. Usted no puede ir a Verín. A usted le duelen estos votos míos, porque son todos los votos. El nombre de usted es una concitación de ayes y de penas, y el mío una pobre y risueña esperanza. A usted le vota Sola, el usurero, y a mí me votan los que aran y fecundan el agro. Y, finalmente, usted no sabría escribir como yo, no por falta de cualidades ni de cultura, sino porque Dios quiere que el oficio de escritor, de poeta y de politico oposicionista sea sacerdocio reservado

a los hombres que tienen corazón para amar, nervios para sentir, un alma que es alma y no garra, capaces de ver en el sol una caricia, en la tierra una madre, y en esos labriegos a quienes ustedes explotan, unos hermanos.

Al saber mi triunfo, aplaudió el gentío allá fuera. Salí. Y mil voces gritaron:

—¡Viva nuestro diputado redentor! ¡Viva el pueblo!

No pude tomar coche ni vehículo alguno. Era preciso ir a pie. Y a pie recorrí los cuatro kilómetros que a Verín faltaban. ¡Qué de voces, y de sombreros al aire, y de coplas, y de ruido jubiloso! Un mocetón, ebrio, no tanto de vino como de orgullo, brincaba y rugía:

—¡Abajo los caciques! He de matar a un cacique He de clavarle mi faca en las costillas. ¡Abajo los caciques!

En Verín se creía mi triunfo asegurado. Gané en Caldeliñas, gané en Tamaguelos, en la capital casi gané también. Riós era mío.

Y aquella villa gris y sombría, que se guarece bajo el castillo de Monterrey, y que vive asolada por un bribón, parecía una colmena donde las abejas se hubieran sublevado contra el zángano estólido que vive de miel ajena, y que todo lo vence, lo domeña, lo aniquila... En Verín hubo resplandor y humo aquel día.

Yo sé que Espada tembló en Orense. Sobre todo

cuando el alcalde popular de Verín, señor Ogando, puso al gobernadorcete, cursilón y majadero, el siguiente telegrama:

«Antón del Olmet vence en la capital. Sin noticias de otros Ayuntamientos.»

Verín, Verín, ¿cómo no amarte?

Yo te seré fiel siempre. Y quisiera que mi carne, ya muerto, fuera arcilla de tu noble tierra, y mi alma un eco de tu redención.

LA GARRA

Derrotado

El lunes hemos tenido la sensación de nuestra derrota. Donde se celebró la elección con legalidad y espíritu ciudadano, obtuvo inmensa mayoría la candidatura agraria. En los demás Ayuntamientos, la gama conocida... Pucherazos, alcaldes electoreros, estacazos, la Galicia que sostiene el régimen, y donde se apoyan las llamadas instituciones...

Y juro a Dios que ni me sorprendió, ni me causó enojo. Lo tenía por descontado desde que García Prieto emprendiera contra mí su campaña de falacias, inspiradas, sin duda —estoy en el secreto—, por altas cuestiones de fernandismo.

He dicho y repito que prefiero votos sin acta a acta sin votos... Será una majadería. Pero como ya tuve acta cunera, y sólo me sirvió para disgustos, perplejidades y desprestigio, se la regalo al primer llegón que advenga.

Después de esas vacilaciones, que son inherentes a la mocedad y a la necesidad de ampararse contra la miseria, todo mi ser se ha recobrado, y vive según su instinto. Rebeldía... Ese es el lema. Rebeldía contra la postración, la inhibición, el desafuero... Rebeldía innata y permanente sin titubeos ya, moral y carnal, como un sacerdocio del espíritu.

Mi pluma es y será siempre, ya la insinúe por el sendero grato de la ironía y la lance por el camino brutal de la contienda, adversa y díscola, y ha de templarse en el fuego y ha de resistir halagos.

Cumplo mi vocación. Ello ¿os parece escaso?

La felicidad no está en lo pingüe, sino en lo natural y temperamental. El gorrión se suicida en la bien abastecida jaula. El canario se muere de frío y de hambre en el alero. Canario fuí y gorrión soy... Y ese acta de Verín, sin acta y sin escaño, me ha sido más grata que aquella acta efectiva que me dió Sánchez Guerra entre Cañeros y Quejanas.

Despedida

El automóvil está dispuesto para regresar a Orense. Saldremos a las once de la noche. Pero antes quiere el pueblo que nos despidamos.

Y así lo haremos desde el balcón del señor Romero, nuestro hospitalario amigo.

No recuerdo nada semejante. Brilla una luna

augusta sobre el valle de Verín, y la plaza está bañada en su luz fina y dulce. Abajo, llegada desde remotas aldeas, se apiña una muchedumbre enorme. Hablo...

Y por vez primera en mi vida he estado elocuente. Se ha roto el hielo. No me conturba la ataxia oratoria que solemos padecer los literatos. Me siento asistido por el público, y sé lo que voy a decir.

Y son mis primeras palabras un reto a los caciques. Yo digo:

—Soy diputado por la voluntad del pueblo. Me robasteis el acta. Pues bien, yo os reto a que comparezcáis ahora mismo ante Verín. Defendeos, rebatidme, aniquiladme si podéis. No hagáis campaña de traición. Si os asiste algún solo derecho, una sola razón, venid a exponerla.

En la misma plaza sé que vive un cacique. Los balcones de su casa están herméticamente cerrados. Yo vocifero:

—Os veo, os presiento en el interior de vuestras guaridas, la oreja en acecho, la flaca mano crispada. Abrid, abrid el balcón y decirle al pueblo en qué basais vuestra apetencia, cuál es vuestro programa. Si calláis, es que os dais moralmente por vencidos.

Yo espero un instante. El pueblo vuelve su cabeza hacia el balcón señalado por mí. Nada se abre. Nada se mueve.

Y entonces, esos labradores que han sido siempre expoliados, que temen aún un poco al cacique

y que lo ven ahora tan aturdido y cobarde, prorrumpen en griterío animoso, y durante algunos minutos parece aquello una excomunión de brujas.

He hablado media hora, una hora. La armonía entre nosotros es plena. Yo blando mi optimismo.

—No sois felices—digo—. No estáis resignados. Sabéis que se os ultraja. Y de ese convencimiento partiréis camino de la redención.

Evoco:

—Cuando Hernán Cortés colonizó a Méjico, vió tribus indias que causaban espanto por su miseria. Mientras el tirano y sus caciques estaban rodeados de un lujo monstruoso, ellos eran tan pobres que se llegaban a nutrir de sus propios piojos. Los cogían a puñados con sus manos flacas y se los llevaban a la boca. Leed las crónicas de la conquista de Méjico y hallaréis, repetido, el episodio. Pues bien, aquellas tribus eran felices a su manera. No conocían otro estado jurídico. Se llamaban a sí mismos esclavos con humildosa conformidad, y en su pauperismo trágico, ciegos, mudos y sordos, hasta gozaban alguna vez el placer de vivir, si el sol calentaba un día un poco más, si el río les traía algún fútil hallazgo, si la risa del viento contra la arboleda tenía un poco de musicalidad forestal y salvaje.

Acabo:

—Vosotros, no... Vosotros sabéis que se os roba, que se os mata; que os hacen vivir fuera de razón y derecho; que existen otros pueblos y otras ideas... Y

vosotros, oreados por la democracia y movidos por la energía, mataréis el piojo en la pelambre y buscaréis la redención, o en la contienda ciudadana, o en la pugna a sangre y fuego.

Y, al fin, para acabar mi discurso, hago una invocación a la mujer gallega.

—Antes de retirarme hasta mi próximo regreso, quiero saludar a las mujeres de Verín, de cuyas bondades nobles y de cuya ciudadanía he recibido tantas pruebas. Ellas nos han venido a escuchar, y ellas nos han saludado en aldeas y caminos, estimulando nuestra lucha con la tibia flor de sus sonrisas y el tierno acicate de sus ingenuos comentarios. Mujer gallega, casta, fuerte y fecunda. yo hinco mi rodilla ante la escultura de tu carne ibera y de tu perfil griego, bella mujer, que eres tanagra viviente, para decirte: "Besa, besa a tu hijo. Amamanta a tu hijo. Mécelo con amor en la cuna. Ese hijo será ciudadano libre y ostentará con orgullo su condición de gallego. Dile, dile a tu hijo que ya el cielo de Galicia se tiñe de aurora, que el reinado de la injusticia declina y se empavorece, pues vendrá una era de salud y de justicia, de riqueza y de júbilo.„ Mujer gallega, que eres hija de esclavo, esposa de liberto y madre de ciudadano libre; que tienes en el fondo de tu alma la semilla santa de toda bondad, para ti sea mi homenaje. Yo te admiro y te amo, que esposo de gallega soy.

En Orense

No quiero reproducir los vítores, narrar el entusiasmo. Ellos, los aterrados caciques, saben de todo esto. El automóvil avanza entre una indescriptible ovación, ovación que no es para mí, sino para el ideal. A cada cien metros un grupo de labradores agita sus sombreros. El paso por las aldeas es un relámpago en la noche.

Llegamos a Orense alboreando. Duermo en el hotel, me baño, almuerzo y subo al tren de regreso a Madrid. Aquí, el Supremo ni siquiera acusa recibo a las quejas que le dirijo contra los expolios caciquiles. D. Luis Espada se sienta en el Congreso. La corte me traga otra vez.

Pero yo no seré ingrato ni voluble. Retornaré a Verín. Y antes, y en unas páginas últimas, haré obra práctica de todo esto, y emitiré una fórmula de organización por si alguien quisiera ayudarse ayudándome.

OBRA DE CREACION

Fórmulas

¿Es el caciquismo una fórmula perfecta? ¿Conviene a Galicia y favorece a España esta situación? Los altos personajes ya han dicho que sí. Bugallal ha defendido el caciquismo. El ex gobernador ed Orense, Sr. Rivas llamó a los acaparadores del voto «sostenes del régimen».

A la España oficial y a la Galicia caciquil les interesa la conservación del sistema. No hay yerno, cuñado, hijo putativo, cazadotes o cazavulvas que no haya ostentado un acta gallega.

Pero a Galicia y a la raza española no les conviene el caciquismo.

Ved las comarcas donde esa peste se ha desarrollado más, y las veréis yermas. El despotismo es asolador, y cuando el despotismo se ejerce subrepticiamente, solapadamente, aun es su obra más aciaga. El tirano puede hacer el bien, un bien superfi-

cial; pero el cacique—rey de la injusticia, emperador del favoritismo—sólo puede hacer el mal.

Ahora bien; y en el trance de suprimir el caciquismo, ¿cómo llegaremos a ello?

Por las buenas lo reputo imposible. Esperar algo de los Gobiernos es tan absurdo como solicitar de los usureros una disposición contra la usura. Asentado su poderío en un artificio, en lo caciquil, ¿cómo van a atentar contra sus propias vidas y contra su «sagrado depósito»?

¡García Prieto, anticaciquil! ¡El yerno de Montero! ¡El suegro del pollo Vicuña!

No. Los gobernantes cuidan y cuidarán al cacique como a flor mimada. Y de ellos, y de todo lo oficial a ellos sometido nada puede esperarse. Y Galicia, bajo ese feudalismo innominado y tenebroso, se irá durmiendo, se irá extinguiendo, irá emigrando.

¡La fuerza!

En Galicia han surgido estridencias y rebeldías. ¡Claro está! La injusticia, como sistema, crea una especie de morboso y latente estado revolucionario. Seguros los gallegos de que España, sus gobernantes y sus cortesanos, en vez de buscar su corazón buscan su miedo y les infligen castigo, han creado un partido separatista, un partido de anexión a Portugal, y hasta cuando aquellos grises navíos ingleses llegaban, enormes, ricos, prósperos y libres a Villagarcía, un prurito absurdo...

Galicia, sometida a tormento, es una raza que gime y odia. Existe allí el irredentismo. No lo hay más justificado. La barbarie turca en Armenia acaso sea más teatral, pero no es más cruel, más sistemática. El gallego no sometido a su cacique—y el cacique es el corchete o alguacil de la corte—no tiene leyes fiscales, no tiene juez, no tiene servicios públicos, no tiene derecho alguno. La historia caciquil de Galicia cuenta, además, con profanaciones de sepulturas, homicidios, saqueos, expatriaciones de familias en masa y asesinatos que han quedado impunes.

¡La fuerza!

Pero tampoco la fuerza, es decir, la revolución, se nos aparece como esperanza visible. Haría falta un levantamiento general, formar un ejército de 100.000, de 200.000 labradores. Y eso, ¿quién lo intenta en este siglo de molicie, de sensualismo, de pequeño egoísmo vano, de ausencia ideal y de armas oficiales potentes y fáciles, y contra el pueblo inerme, eficacisimas?

Yo no lanzaría a Galicia en tan horrenda sima épica. Sería ensangrentar el suelo estérilmente. Lo gallardo, lo heroico, tendrían una firme expresión. Pero, sobre las ruinas de las villas y la desolación de los campos, se abatirían de nuevo los cuervos del caciquismo, y Galicia, no redimida, se entregaría a una muerte callada.

¿Quiere decir esto, empero, que es preciso resig-

narse? ¿Aceptaremos como legítimo estado social esto que acaece?

No. Hay que seguir, hay que luchar, es preciso no perder la esperanza.

O darnos a los caciques en prenda, o proseguir la obra de Basilio con toda intensidad, por el placer de realizarla, con el premio en sí misma, sin otro acicate que la alegría del espíritu.

Yo

Yo dedicaré mi existencia a este pleito. Es decir, el sobrante de mi existencia, el remanente de actividad.

Si fuera rico, me trasladaría a Orense. No tendría allí bienes, pues me los robaría el caciquismo; pero en Orense viviría años y años. Fundaría periódicos, crearía organizaciones agrarias, lucharía en todas las elecciones, sufriría procesos, cárceles. Mas, poco a poco, la obra se iría consolidando. Un pueblo sufre esclavitud mientras quiere sufrirla La fuerza es impotente contra la voluntad unánime y contra el derecho absoluto. Galicia, un día toda ella ciudadana, eliminaría a sus verdugos como se elimina un detritus. Sería cuestión de cinco años, de diez años, de quince, de veinte...

Pero ¿esto puedo hacerlo yo? Sin fortuna personal, teniendo que ganar mi vida con el penoso oficio de literato, ¿qué me resta? Me resta luchar siem-

pre según mis escasos medios y mis limitadas facultades; pero no será bastante si estas ideas y retratos que expandieron mis crónicas, no cristalizaran en otros cerebros y no fuesen tuteladas por otras actividades más complejas.

Resumen

El problema de Galicia no es problema de regionalismo. Por eso allí ha sido derrotado Cambó.

Claro está que el regionalismo existe en Galicia como existe en toda España, porque la idea regionalista es idea madre y responde a un problema humano. Pero Galicia siente algo más, mucho más que ese problema. ¡Y luego, el regionalismo derechista, plutocrático, casuístico de Cambó es tan raro, tan neurótico, tan falaz, tan inverosímil!

El problema de Galicia es el problema del caciquismo, de la miseria y de la incultura.

No quiere Galicia que se substituya un cacique centralista por un cacique autonomista, ¡siempre bajo la férula! No. Quiere abolición absoluta de todos los caciques. Y ahí está su salvación.

Las formulas prácticas que propendan al triunfo son las siguientes:

Creación en Orense de una Junta Agraria. Esta Junta regional cumplirá diversas misiones:

Misión de organización.

Misión de propaganda.

Misión de tutoría.

La Junta organizará Sociedades agrarias, contribuyendo a sostener las existentes. La Junta, por medio de periódicos, revistas, folletos, conferencias y mitines, esparcirá la idea de emancipación por toda Galicia. La Junta, que tendrá abogados a su servicio y que procurará disponer de un diputado inteligente, defenderá a los agrarios ante los Tribunales y ante la nación, manteniendo siempre en hiesta la idea del derecho perturbado y violado por los mandones y mandarines.

Esta es la obra básica. Si tal no se hace, nada se hará. Si se hace, puede esperarse todo, y ya el éxito parece sonreirnos.

Dos años, tres años, cinco años de esto, ¿no le darán a Galicia uno, dos o cinco diputados agrarios, irredentos o como queráis llamarles? Y ya Galicia, con diputados, entrará en su etapa constituyente.

La etapa constituyente de Galicia será política y económica. Política, en su incesante y ya fácil tarea de abolir los caciques, y en lapetición de autonomía municipal casi absoluta y de autonomía regional limitada a los naturales elementos del Estado español (jefe del Estado, Ejército, Marina, Diplomacia, Aduana, Moneda), y económica, con la redención de foros, creación del Banco Agrario de Crédito y Fomento para labradores y toda esa suerte de mejoras que no abordaron jamás los diputa-

dos centralistas y caciquiles: trenes, carreteras, granjas, escuelas...

Galicia podría y debería ser una nacionalidad tan culta y rica como Bélgica. Creo que sus hijos sabrán realizarlo aún.

¿Es difícil?

¿Es esto cosa difícil? No. Cataluña hizo mucho y lo hizo Euskadi. Y lo va haciendo Asturias, y Galicia está en el comienzo.

Hace falta voluntad y dinero.

Dinero para que la Junta regional pueda luchar y desenvolverse.

Voluntad no falta. ¿Dinero? No es difícil lograrlo.

Constitúyase, por de pronto, el Comité, un Comité amplio, de abogados, intelectuales y labradores, gente solvente y seria, que no aspire a medrar bajo Galicia, sino sobre Galicia, en una grande y libre Galicia. Y, dado el grito ciudadano, vayan, vayan a América unos hombres.

Allí está el dinero. Allí viven acaso un millón de gallegos. Esos gallegos, muchísimos de ellos ricos, aman a la tierra y aspiran a verla redimida. Una sincera propaganda entre ellos producirá santo y noble fruto. Gallegos que prosperaron merced a estados sociales más modernos y fecundos quieren que su Galicia sea la Habana o Buenos Aires, y no

regatearán su dinero, siempre que ese dinero no vaya a manos de pícaros, siempre que esté bajo una garantía y custodia que ellos mismos pueden señalar.

Piénsese en esto, estudien esto. Yo me ofrezco para ser el más humilde soldado de esa legión ciudadana. No puedo, ni quiero, ser portaestandarte. Doy lo que puedo y lo que valgo.

Quizá...

Aparte esto, ¿habrá algún político español capaz de comprender a Galicia, y que aspire a salvarla por obra de su voluntad creadora y magnífica?

Canalejas murió con ese propósito. Canalejas tuvo en Orense un gobernador agrario. Canalejas quiso abordar la cuestión de los foros. Canalejas era un ser inteligente y emotivo, sentimental y que se sentía investido de una misión histórica y paterna.

Canalejas aspiró un poco a legar a sus hijos una España engrandecida y risueña. Yo le oí en el Congreso maravillosos párrafos de una lírica superpolítica, esa lírica suprema que anima a poetas y a estadistas, a filósofos y a caudillos. No era un ser tentacular e individualista, ni un politicastro sistemático, agente de una familia empingorotada. Era un gran ciudadano, y sentía en sus entrañas dolor de

humanidad, y había en sus ojos miopes y buenos visión de patria, de historia y de lejanía...

Canalejas se asomó a Galicia, en la que había nacido casualmente y la había amado. No vió en los agrarios la burda gleba que es preciso seguir oprimiendo para que no se rebele, sino el dilatado pueblo al que debe libertarse y hacerse feliz, también para que no se rebele, y además para que, al engrandecerse, engrandezca a España.

El asesino de Canalejas mató, en flor, un comienzo de risueña esperanza.

¿Habrá algún político español capaz de sentir esto hondamente, inextinguiblemente, apasionadamente?

Durante mis jornadas de Verín, telegrafié al señor Alba. Y el Sr. Alba nos puso a Basilio y a mí el despacho siguiente:

«*Antón Olmet. Basilio Alvarez.*

Reitero a ustedes vivamente mi simpatía y amistad, asegurándoles que la causa de los agrarios gallegos forma parte de mis aspiraciones mas íntimas para realizar desde el Gobierno la transformacion económica y social que considero indispensable para la nueva vida española.—ALBA.»

El Sr. Alba, que ha intentado reanimar el alma española con medidas propias de un político moderno, y cuya juventud es garantía de entusiasmo

y de firmeza, ha escrito esto. Los agrarios, al conocer sus palabras, vitorearon al Sr. Alba.

Y yo os digo, agrarios de acá y de allá, de Galicia y de América, que, sin abandonar un solo minuto la tarea, debéis confiar un poco.

Este Santiago Alba tiene nombre de redentor y apellido simbólico de cosa que nace a la esperanza.

No os durmáis, no os entreguéis, no decaigáis. Seguid, seguid, seguid mis fraternales consejos. Id a esa Junta. Id, id a América. Y como cosa paralela, avivad en el espíritu de Alba el canto de amor patrio y de germinación que le hizo escribir esas palabras grandes y solemnes...

Hermanos

Mas no seamos fatalistas ni pueriles. Hagamos nosotros lo que esperamos realicen los demás. A vosotros, gallegos de América, me dirijo.

Gallegos libertos, gallegos manumitidos, ¿queréis salvar a vuestra madre del deshonor y de la miseria? Nada tan fácil. Hacen falta—lo reitero—voluntad y oro, un poco de oro.

Que se cree y se organice la Junta, que ella, bajo vuestra caricia y tutela, actúe. La obra será rápida. Todo os espera en Galicia, gallegos.

Venid, venid vosotros. Y si no queréis ni podéis

venir, llamadnos. Iremos a vosotros y formaremos plan. Vosotros organizaréis, dirigiréis; de vosotros, lejanos, será la gloria; de nosotros, el provecho de seguir viviendo una Galicia redimida.

Nada tan fácil. Galicia llora. Pero su llanto, no es de resignación. Es un llanto de odio que será riego ciudadano en tierras fecundas.

Yo querría consagrar mi vida entera a esto. Nunca podría tener una existencia empleo mejor. Que no quede en proyecto el propósito magno de salvar la región más bella y más esclava del orbe.

Poco después de mi excursión a Verín fué asesinado, quizás por un agravio, el monstruoso ::::::: cacique Sola :::::::

262816
LS
A6346g
Author Anton del Olmet, Luis
Title Galicia, llora.
NAME OF BORROWER.
DATE.
University of Toronto
Library
DO NOT
REMOVE
THE
CARD
FROM
THIS
POCKET
Acme Library Card Pocket
Under Pat. "Ref. Index File"
Made by LIBRARY BUREAU